

Pedro Arrupe, entonces y ahora

Urbano Valero

Se cumple este año el centenario del nacimiento del Padre Pedro Arrupe, Superior General que fue, de la Compañía de Jesús, de 1965 a 1983.

No se pretende en esta recurrencia, como sucedió el año pasado, salvadas las diferencias, con la evocación de las grandes figuras de Ignacio de Loyola, Francisco Javier y Pedro Fabro, compañeros jesuitas de primerísima hora, simplemente honrar glorias pasadas, sino reavivar la memoria de su persona y de su legado para iluminar y configurar nuestro presente. Porque, si algo caracteriza a Pedro Arrupe, es haber vivido el presente de su vida, como hombre, como cristiano y jesuita y como ciudadano del mundo, mirando siempre al futuro.

Quienes tuvieron la suerte y la gracia de conocerlo no sabían qué admirar más en él, si su inmersión «hasta las últimas consecuencias» —en expresión que le era muy grata y que repetía con frecuencia— en el presente, con todas sus complejidades, exigencias y retos, o su proyección entusiasta y clarividente, hasta impaciente, hacia el futuro. No faltan quienes, por ello, le califican de «profeta».

La vida de Arrupe (infancia y primera juventud en familia en Bilbao y estudiando Medicina en Madrid, jesuita en formación, misionero y Superior Provincial en Japón, General de la Compañía de Jesús) es sumamente rica de experiencias, de relaciones, de proyectos, de actividades, de logros, también de dificultades y problemas.

Su persona, que, cuando se llega a un cierto grado de conocimiento de ella, puede parecer simple y fácil de comprender, es también polifacética y variada. Su contribución a la vida de la Compañía, de la Iglesia y aun del mundo, para su momento y para el futuro, en virtud de las funciones que desempeñó, independientemente de cómo se valore, fue también, riquísima.

Tratar de resumir toda esta «riqueza» en tan poco espacio es un intento imposible. A pesar de ello, voy a probar una presentación sumaria —y subjetiva— de todo ello, valiéndome convencionalmente de un artificio, a guisa de calidoscopio, que proyecte a Arrupe en cuatro aspectos que se complementan e interfieren: como hombre, como jesuita, como hombre de Iglesia y como ciudadano del mundo. Hay suficientes escritos suyos y estudios sobre él, publicados, que completan lo que estos escorzos simplemente sugieren, y que —quiero presumir— lo sustentan.

El hombre

Evocando recuerdos personales y escuchando los ecos de calificativos que se le han dado, se puede decir que Arrupe ha sido visto como una persona sumamente valiosa y atractiva, dotado de grandes cualidades humanas.

Hombre de gran corazón, simpático, amable y acogedor, abierto a todo el que acudía a él, ocupándose de cada uno, como si sólo él existiera en el momento; «hombre para los demás», en expresión que él usó muy frecuentemente, que se daba con generosidad, sin reservarse nada. Sincero y comunicativo hasta el extremo, que llegó a afirmar con toda verdad que su diversión era hablar con las personas. Hombre sencillo, transparente y diáfano, sin doblez ni intenciones ocultas; hombre leal, que daba y ganaba fácilmente la confianza de todos. Generoso, animoso, alegre y altamente optimista, capaz de entusiasmarse fácil y ardientemente con proyectos que sirvieran para mejorar situaciones y ayudar a los demás, y capaz también de contagiar sus entusiasmos.

Hombre creativo, perspicaz para hacerse cargo de las situaciones a que se enfrentaba y descubrir cuanto de positivo y esperanzador pudiera encerrarse en ellas. Audaz y valiente para concebir proyectos a lo grande, y llevar adelante su realización con tesón, sin asustarse ante las dificultades que pudieran rodearle. Trabajador infatigable y madrugador de los que despiertan a la aurora; frugal y disciplinado.

Sensible: al afecto familiar, dado y recibido, que mantuvo hasta el final de su vida con los suyos que le iban quedando; a la amistad, que brindaba fácilmente y recogía también generosamente; en la vida comunitaria, con

detalles sumamente expresivos con sus compañeros, sin hacer distinciones, si no era para prodigarse más con los más sencillos; que apreciaba finamente los favores y servicios recibidos y los agradecía siempre con una palabra oportuna, con una sonrisa franca, con un gesto expresivo. Hombre con humor, que sabía también reírse cariñosamente de sí mismo y, con más cariño, a veces, de los demás; sin amargura ni rencor, respecto de contradictores u opositores e incluso de detractores (unos u otros), por desaires, menosprecios y aun descalificaciones recibidas y que conocía.

No se le oían lamentos por ello ni respuestas en el mismo tono. De algún lugar sacaba fuerzas para superponerse a todo ello y vivir siempre con tono positivo, acometiendo con energía la inmensa tarea que tenía por delante, casi como si nada pasara, sin flaquear ni perder ánimo ni volver la vista a otra parte.

El lector tiene derecho a preguntarse ya si todo es tan luminoso en este cuadro, y no hay ninguna sombra en él. Las hay; hay algunas penumbras o zonas sombreadas, y también algunas sombras, (aunque, al estar encajadas en un conjunto luminoso, pudieran contribuir también ellas a producir efectos positivos).

Era, a veces, ingenuo y fácilmente soñador. Su facilidad para entusiasmarse podía llevarle a desconocer o subestimar la inestabilidad o las irregu-

laridades del terreno que pisaba y a no acertar siempre en la valoración de las personas o a confiar en ellas demasiado fácilmente, sin reservas ni salvaguardias.

Aunque no fuera fácil descubrirlos (y no porque fuera especialmente celoso por ocultarlos, sino por su habitual ecuanimidad y dominio propio), tenía también puntos vulnerables, que, ro-

*que Arrupe fuera un ejemplar
seguidor de Jesús en su
Compañía, de los que más
quieren señalarse en su
servicio, es convicción
compartida por cuantos
directa o indirectamente
lo conocieron*

zados, podían afectar, al menos por algún momento, a su paz y equilibrio interior. Vulnerabilidad a la deslealtad a la confianza que había adelantado; a la apreciación, a veces, sumariamente negativa de su actuación; a la resistencia y lentitud de movimientos que percibía en el cuerpo de la Compañía.

Todo ello, sombras y penumbras, no le oscurecieron el irreprimible optimismo, que lo acompañó siempre y en el momento de su despedida le permitió confesar con convicción: «Estoy lleno de esperanza viendo cómo la Compañía sirve a Cristo, único Señor, y a la

Iglesia, bajo el Romano Pontífice, vicario de Cristo en la tierra».

Este fue el rico patrimonio humano, que Arrupe recibió y desarrolló como base para hacer frente a cuanto le salió al paso en la vida.

El jesuita

Arrupe entró en la Compañía de Jesús, al borde de sus veinte años, mientras estudiaba Medicina en Madrid. Percibió la llamada de Dios en Lourdes, adonde había ido en busca de retiro y descanso. «Sentí a Dios tan cerca en sus milagros —dice él— que me arrastró violentamente detrás de sí». Después de unos Ejercicios espirituales, en que discernió y acogió personalmente ese violento tirón de Dios, ingresó en el noviciado de Loyola el 25 de enero de 1927.

Fue la suya la formación típica de los jesuitas de aquellos tiempos: cerrada toda ella en grandes comunidades de jóvenes estudiantes con sus profesores y formadores, en emplazamientos aislados y con muy poco contacto exterior, muy disciplinada, marcada fuertemente por los elementos ascéticos más pronunciados de la espiritualidad ignaciana tradicional.

A lo largo de ella, junto con los conocimientos y saberes que iba adquiriendo, algunos elementos de particular importancia para el resto de su

vida fueron tomando cuerpo progresivamente en él: una relación personal intensa, muy jugosa, con Jesucristo, que se iría convirtiendo en el amigo íntimo, su cariño, su razón de ser y el soporte e impulso imprescindible de su vida; encendido por él, su deseo de darlo a conocer y hacerlo amar por todos los hombres, y como cauce concreto para ello, su personal vocación misionera, intensamente sentida, a la misión del Japón; finalmente, lo que a él más tarde —o quizá también ya entonces— le gustaría llamar «*sensus Societatis*», su sentido de gozosa y connatural pertenencia a la Compañía, como hogar y horizonte de su vida, sintiéndose parte viva de ella, con una entrañable identificación progresiva con su modo de ser y proceder y con sabrosas y profundas relaciones de amistad con sus compañeros.

Por añadidura, esta fase de formación, a causa de las circunstancias y lugares diversos en que se desarrolló (España, Bélgica, Holanda con los jesuitas alemanes desterrados también ellos de su país, Estados Unidos), proporcionó a Arrupe otros elementos, que contribuirían a enriquecerle y habrían de serle muy útiles en el futuro: conocimiento de idiomas, convivencia con jesuitas de otras nacionalidades y, muy especialmente, apertura a perspectivas y sensibilidades distintas, más amplias y variadas que las de sus propios orígenes.

Su perfil espiritual

No resultaría muy difícil tratar de componerlo, a partir del recuerdo de él, vivo todavía en no pocas personas que lo conocieron, y de los escritos que dejó, no sólo los más íntimos y personales, que son sumamente reveladores, sino también de todos los demás, en los que, sin pretenderlo, pero también sin ocultarlo, se manifiesta por entero tal cual era. Para simplificar la labor, me permito servirme aquí del esbozo ideal del jesuita que hace él mismo en un momento determinado, por estimar que no dista mucho de ser, aun sin pretenderlo, un verdadero autorretrato suyo.

Los rasgos más salientes que lo componen, son: 1) lo primero, *el amor a Cristo-persona*, «que nos haga ser, presentarnos y actuar a imitación suya»; 2) en seguida, *la disponibilidad*, «entendida como prontitud, agilidad, libertad operativa para toda misión que nos sea dada»; 3) el *sentido de la gratuidad*, que «nos muestra limpios de todo interés terreno, incondicionados y libres para la misión y para los hombres»; 4) la *universalidad*, «como rasgo implícito en la disponibilidad»; 5) el *sentido de cuerpo*, arraigado en la «convicción de que Dios se ha dignado “unirnos y congregarnos recíprocamente”», y que «nos hace presentarnos así como grupo compacto para la misión en el seno de la Iglesia, para un mejor servicio del hombre»; 6) la *sensibilidad para lo humano* y soli-

daridad con el hombre concreto; 7) el *rigor y calidad* de nuestro servicio, conscientes de la enorme importancia del mensaje que se nos ha confiado y del respeto que merece el hombre, destinatario del mismo; 8) el *amor a la Iglesia*, como entrega positiva de toda la persona a la edificación de la única Iglesia de Cristo; 9) el *sentido de «mínima Compañía»*, que sirve sin afán de protagonismo, silenciosamente, mano a mano con otros servidores, colaborando con ellos y con todos los hombres de buena voluntad; 10) el *sentido de discernimiento*, que nos hace ser hombres, como San Ignacio, en permanente actitud de búsqueda y escucha del Señor, con una cierta sobrenatural facilidad para percibir dónde está y dónde no está; 11) la *delicadeza en lo concerniente a la castidad*; 12) el «*sensus Societatis*», que «hace que el que el hijo de la Compañía actúe siempre y reaccione ante las más imprevistas circunstancias de un modo coherentemente ignaciano y jesuítico... como una especie de sexto sentido o reflejo espiritual condicionado y que llega a hacerse connatural...». Habría que añadir a ello una tierna y jugosa devoción a la Virgen, vivida desde sus primeros años.

Quienes conocieron a Arrupe, lo reconocerán sin duda en esos rasgos caracterizadores, según él, de todo jesuita. Sólo que en él todo ello aparecía en un grado intenso y elevado, muy por encima de los niveles estándar del jesuita común, correspon-

diente siempre al tirón violento de Dios sobre él, sentido en el momento de su llamada y mantenido e intensificado a lo largo de su vida, hasta llegar a expresarse en el compromiso de hacer siempre lo que le pareciera ser mayor servicio de Dios. Al mismo tiempo, todo con un visible aire de connaturalidad, que era el sello inequívoco de su autenticidad.

su labor se orientó en cuatro direcciones preferentes:

reclutar el mayor número posible de misioneros, buscar recursos económicos,

suministrar a los nuevos misioneros una formación adecuada y cuidar de sostener a los veteranos y mantenerlos unidos entre sí

Que Arrupe fuera un ejemplar seguidor de Jesús en su Compañía, de los que más quieren señalarse en su servicio, es convicción compartida por cuantos directa o indirectamente lo conocieron, incluso por aquéllos que en otros aspectos de sus actuaciones pudieran tener reservas sobre él.

Misionero en Japón

Desde muy pronto en su vida de jesuita, la misión del Japón fue el sueño

de Arrupe; «vio» en un momento, con una certeza de la que no podía dudar, que Dios lo quería allí, y por eso pidió insistentemente ser destinado.

Japón fue para él, durante los veintisiete años que allí pasó, escenario de su actividad apostólica y a la vez palestra de entrenamiento —difícilmente se podría haber encontrado otra más apropiada— para su futura misión como General de la Compañía. Allí tuvo que empezar por la durísima prueba de encontrarse de repente en una cultura tan distinta de las que había conocido hasta entonces, y sumergirse en ella hasta el fondo, aprendiendo una lengua extraña y difícilísima y asimilando unas costumbres y, sobre todo una mentalidad y sensibilidad, que nunca se había imaginado y que en un primer momento lo dejaron desconcertado.

Se dio cuenta pronto de que ser misionero en Japón era mucho más que llegar y empezar. Había que saber esperar mucho y madurar poco a poco, en un silencio prolongado y paciente, a fin de poder entrar a fondo en un mundo nuevo y descubrirlo y aceptarlo tal como era, para pasar a realizar la misión por la que se había ido hasta allí. Arrupe impaciente aprendió por experiencia a ser paciente. Uno de los temas preferidos años después por él, como General de la Compañía, sería el de la inculturación o inmersión de la fe en las diver-

sas culturas. Pudo tratar de él con sinceridad y verdad, porque antes de hablar lo había experimentado en sí mismo y había reflexionado largamente sobre él.

Siendo maestro de novicios, después de algunas primeras actividades pastorales, vivió con ellos la tragedia de la explosión de la bomba atómica sobre Hiroshima, improvisando un hospital de emergencia en el mismo noviciado para desvivirse en atender en los primeros momentos a millares de heridos por la deflagración o sus consecuencias. Este hecho marcaría profundamente su vida y su modo de ver el mundo.

Durante once años dirigió la misión del Japón, primero como Viceprovincial (durante cuatro años) y luego como primer Provincial, en un momento de singular importancia para aquella. La derrota en la segunda guerra mundial, la declaración del emperador de no tener origen divino y la implantación de la democracia bajo el control de las fuerzas norteamericanas de ocupación, hizo pensar a no pocos, con mayor o menor seguridad, que la hora de la entrada franca del cristianismo en Japón podría haber llegado finalmente.

La Compañía, a instancias de la Santa Sede y bajo la dirección decidida del Padre General Juan B. Janssens, se volcó en aquella misión, considerada ya de antes, por ser herencia

preferida de Javier, como la «niña de sus ojos». Arrupe también se volcó por entero en la tarea que se le encomendaba. Su labor se orientó en cuatro direcciones preferentes: reclutar el mayor número posible de misioneros, buscar recursos económicos por todo el mundo que pudiera proporcionarlos, suministrar a los nuevos misioneros —los venidos de fuera y los japoneses que entraban— una formación adecuada a las exigencias del momento y de cara al futuro, y cuidar de sostener a los veteranos y mantenerlos unidos entre sí y con los que se venían sumando a su esfuerzo. Cuatro tareas, difíciles todas ellas.

Para realizar las dos primeras, Arrupe tuvo que hacer largos y prolongados viajes por todo el mundo. Gracias a ello y a la colaboración promovida y organizada de otras muchas personas de la Compañía y de fuera de ella, la misión se transformó profundamente, durante este tiempo, aumentando espectacularmente el número de sus misioneros, llegados de cuarenta provincias de la Compañía, y robusteciéndose y expandiéndose ampliamente.

Las otras dos tareas preferentes constituían la labor de su gobierno ordinario, al que, con gran esfuerzo, combinando ausencias y presencias, pudo atender eficazmente, dentro de la enorme complejidad de la situación, por el mismo hecho de la rápida expansión y por la gran heterogeneidad

de los agentes, veteranos y jóvenes, provenientes de tantos países diferentes.

A lo largo de estos años, a juicio de alguien que los vivió con él, Arrupe puso a disposición de la Provincia misionera del Japón lo mejor de sí mismo: una extraordinaria capacidad para percibir la llamada de los grandes ideales, una profunda vida en el Espíritu centrada en el amor-servicio a Jesucristo, una generosidad sin límites para darse a los demás, una paz interior que le permitía superar, sin la ayuda de consuelos humanos, las grandes dificultades que nunca le faltaron, una transformación interna que le llevó a despojarse, dolorosamente, de sus convicciones y modos de ver occidentales, para adoptar, en la medida de lo posible, los hábitos mentales, la sensibilidad y las costumbres del pueblo al que quería anunciar la Buena Noticia.

Esta fue también, sin saberlo, la preparación inmediata para la nueva misión que le esperaba.

General de la Compañía

El 22 de mayo de 1965, pocos meses antes de la conclusión del Concilio Vaticano II, era elegido General de la Compañía. Se le llamaba a gobernarla en un momento del todo singular. Por aquellos mismos días decía el Concilio Vaticano II (Constitución

Gaudium et spes, n. 4): «Hoy el género humano se halla en un período nuevo de su historia, caracterizado por cambios profundos y acelerados, que progresivamente se extienden al mundo entero... Se puede hablar ya de una verdadera transformación social y cultural que se extiende también sobre la vida religiosa».

Tomando conciencia de ello, la Iglesia emprendía una profunda renovación de sí misma, que la afectaría en la visión de su propio ser y misión, en sus relaciones con las demás iglesias y comunidades cristianas y con las otras religiones, y, finalmente, en sus relaciones con el mundo. El viento de la renovación la envolvió en sus diversos componentes, y, en concreto también en la vida religiosa.

En este ambiente eclesial general, celebraba la Compañía de Jesús su Congregación General 31 para elegir a su 28º General. La situación de la Iglesia y del mundo, y la de la misma Compañía, la obligaron a hacer algo más que eso. En este contexto, bajo la guía y el impulso del Concilio, y actuando en cuatro campos fundamentales de la vida de la Compañía —la vida espiritual en todas sus dimensiones (votos religiosos, vida de oración, vida comunitaria), los procesos y métodos de la formación en todas las etapas, las actividades apostólicas y los criterios para su selección, los diversos aspectos del gobierno en busca de una mayor eficacia apostólica en todo— la

Congregación diseñó un proyecto global de Compañía, fuertemente inspirado en su carisma original, y, a la vez, apto en su conjunto para poder hacer frente a lo que se demandaba de ella en la nueva situación.

Este proyecto sería todavía profundizado, enriquecido y más concretado en sus consecuencias, a casi diez años de su primera elaboración, en la Congregación 32, que reformuló la misión de la Compañía para el momento como «el servicio a la fe, del que la promoción de la justicia constituye una exigencia absoluta» y abrió cauces operativos para que ello fuera haciéndose realidad. Era un proyecto de Compañía radicalmente idéntica a sí misma, pero profundamente cambiada.

A los dos días de su elección, Arrupe se comprometió solemnemente ante la Congregación en estos términos: «En adelante me propondré sólo esto: cumplir lo más exactamente posible la voluntad de Dios que se manifieste o por el Sumo Pontífice o por esta Congregación general, que son mis superiores. Me esforzaré por ser siervo y ejecutor fiel de todo lo que determine la Congregación».

Y así lo cumplió con lucidez y con dedicación tenaz y creativa, sin desmayar en el empeño, durante todo el tiempo de su generalato activo. Su afán fue siempre uno solo: promover y llevar a cabo la renovación espiritual y apostólica de la Compañía para

que pudiera servir al mundo moderno con el vigor, coraje, generosidad e idealismo de Ignacio y sus primeros compañeros.

Entendió y promovió esta renovación como tenía que ser, espiritual y apostólica a la vez e inseparablemente, con los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, profundamente hechos y vividos, como la fuente de donde necesaria-

*una gran mayoría de la
Compañía respondió,
en conjunto, positivamente
al impulso que él dio;
hubo también, a ambos lados,
resistencias y oposición*

mente tenía que brotar. Para ello propuso reiteradamente la vivencia de la misión apostólica de la Compañía, con sus exigencias, implicaciones y consecuencias para la vida del jesuita y la selección y modernización de las diversas actividades, como palanca de su renovación integral, por considerarla como la clave del carisma ignaciano. Como instrumento valioso, también de neta raigambre ignaciana, para ello, la abrió a la práctica asidua del discernimiento espiritual, personal y en grupo, en la propia vida y en el apostolado. Todo ello en fidelidad al impulso renovador dado por el Concilio a toda la Iglesia, y en especial a la vida religiosa, al programa dise-

ñado por las Congregaciones Generales del momento y, en el fondo de todo, al carisma original ignaciano.

Fue una labor ardua y complicada; sumamente exigente, que implicaba abandonar, en una especie de éxodo, costumbres y hábitos inveterados, y aprender, sin perder lo heredado como perenne e inamovible, un modo nuevo de ser Compañía de Jesús y de servir así a la Iglesia y al mundo en el

*el que gobernara de un modo
distinto del conocido y vivido
anteriormente, no significa
que no gobernara o que
su gobierno fuera débil*

nuevo momento de la historia. Arrupe trataba de iluminar y afianzar a su gente en este camino. «Se abre ante nuestros ojos —decía— una edad nueva: más sincera, ancha, ignaciana y, me atrevería a decir, más divina. Nos encontramos ahora en una situación de purificación. Estamos tratando de entrar como con pie inseguro en un mundo nuevo e inexplorado. Pero se perciben muchas señales que parecen mostrarnos la región de la luz».

Una gran mayoría de la Compañía respondió, en conjunto, positivamente —si bien, más lentamente de lo que Arrupe deseaba— al impulso que él le dio. Hubo también, a ambos lados,

resistencias y oposición, que pusieron a prueba su actuación y su temple, con diversa intensidad, a lo largo de su generalato. Sin arrogancia ni prepotencia frente a nadie, pero con firme convicción, él trató de hacer siempre lo que estimaba ser lo que Dios quería en el momento de y para la Compañía, sin ningún otro interés y sin doblegarse a otros influjos, como pide San Ignacio al General de la Compañía (Constituciones [728]).

Se le acusó de debilidad en el gobierno e incluso de falta de él y de llevar la Compañía a la deriva y hasta al desastre. Es y era patente la dosis de exageración que hay en algunas de estas apreciaciones. Si hubiera que poner nombre al General más intensamente presente y activo en la Compañía y más influyente en su vida, después de San Ignacio, no faltarían quienes, con buena razón, pusieran el de Arrupe entre los primeros, si no el primero.

Es asombrosa, vista ahora en su conjunto, la intensidad de la acción de su gobierno. Aun cuando a veces pudiera dar la impresión de proceder por impulsos carismáticos, improvisados, la realidad es —y se puede verificar documentalmente— que su actuación estaba bien pensada («*diu multumque*», escribió él) y planeada, articulada sistemáticamente. El que gobernara de un modo en muchos aspectos nuevo, distinto del conocido y vivido anteriormente —cosa que él estimaba necesario y trató de razonar

y enseñar a los Provinciales y Superiores repetidamente— no significa que no gobernara o que, sin más, su gobierno fuera débil.

Los suyos fueron tiempos muy difíciles y turbulentos, que requerían, más que otros, mucha ecuanimidad y extrema prudencia, para no arrancar el trigo con la cizaña y para no apagar precipitadamente mechas humeantes. ¿Se puede imaginar los daños irreparables que un gobierno no «bien mirado y ordenado» (Cons. [667]) podría haber producido en aquella situación?

Vistas las cosas en su conjunto y con la perspectiva de los años que han pasado desde entonces, no resulta arriesgado afirmar que, si la Compañía de Jesús hoy, aun dentro de su agravada debilidad numérica, puede mirar y mira al presente y al futuro con suficiente optimismo, esperanza y creatividad, ello se debe en muy gran medida a la acción de gobierno de Arrupe y a la rica herencia, escrita y vivida, que él le dejó. A él, en efecto, debe la Compañía el haber aprendido a enfrentarse seria y radicalmente con las exigencias prácticas del carisma ignaciano en el tiempo nuevo (búsqueda siempre del mayor y mejor servicio apostólico con radical disponibilidad personal e institucional, y unión indisoluble de vida espiritual y acción apostólica), guiada en las situaciones concretas por la práctica rigurosa y fiel del discernimiento

tanto en el ámbito personal como en ámbitos colectivos, bajo la dirección del Superior competente.

Ella, junto con la veneración general que le profesa, tiene con él una inmensa deuda de gratitud, que trata de saldar manteniendo vivo su recuerdo y poniendo en práctica lo que de él heredó, sin pararse en ello, sino, como de él aprendió, proponiéndose siempre nuevas metas en el servicio del Señor y ayuda a los hombres.

Hombre de Iglesia

Sorprende vivamente, al leer el relato del primer encuentro de Arrupe, como General de la Compañía, con Pablo VI, hecho por él a la Congregación General a las dos semanas de su elección, el tono encendidamente entusiasta y rotundamente convencido con que habla de su propia relación y la de la Compañía con el Sumo Pontífice, como de una relación de sumisión filial y total a él en todo lo que mande y desee.

En sus palabras resuenan limpias y sin ambigüedades ni distinguos las palabras del documento constitutivo de la Compañía: «Nos obligamos [con un voto especial] a ejecutar, sin subterfugio ni excusa alguna, inmediatamente, en cuanto de nosotros dependa, todo lo que nos manden los Sumos Pontífices...».

Glosando la conocida fotografía, tomada en aquella ocasión, en que aparece arrodillado a los pies de Pablo VI con la imagen del crucifijo al fondo, dice Arrupe rotundamente: «Ese es el puesto de la Compañía: a los pies del Vicario de Cristo para cuanto él quiera ordenarle». Es la espiritualidad que había sorbido y asimilado a lo largo de su formación en la Compañía y es la luz bajo la cual quiere gobernarla, y como la estrella polar que habrá de guiar sus pasos. En este contexto, recibió un fuerte influjo del acontecimiento y de la doctrina del Concilio

*«enfrentamiento» y «conflicto»
eran algo totalmente ajeno
a él, que nunca pasó
por su mente*

Vaticano II, en el que creyó por entero y a cuya realización en el ámbito que le correspondía, se entregó sin reserva. Comprendió que su misión era hacer entrar el Concilio en la Compañía e introducir a ésta en el vigoroso movimiento de renovación que él provocaba en la Iglesia. Este fue, en realidad, su mejor servicio a la Iglesia.

En numerosas ocasiones, a lo largo de su servicio como General, con motivo y sin él —con oportunidad y sin ella—, recordará a los jesuitas este compromiso fundamental de su vocación, llegando a resumir y sistematizar de un

modo obvio y como connatural cuanto había ido diciendo, en una conferencia pronunciada hacia el final de su generalato¹ con el elocuente título, tomado literalmente del citado documento constitutivo de la Compañía: «Servir sólo al Señor y a la Iglesia, su esposa, bajo el Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra». No hay lugar a duda; para él este punto era absolutamente vital, y, como para Ignacio, «nuestro principio y principal fundamento», por lo que no cabían reblandecimientos ni fisuras en él.

Así lo vivió él, con el añadido de su personal vibración, e incluso ternura, en el amor a la Iglesia y, en concreto, a la persona del Papa. Los documentos existentes, públicos, dan testimonio claro y sobrado de ello. Por eso, el dolor profundo, del que hay también constancia cierta, que le produjeron situaciones, como la de la Congregación 32 y algunas otras, en que esta relación singular pudo parecer enturbiarse y entrar en cuestión.

Por eso también, la convicción y el ardor con que reaccionó en ellas, asegurándose, básicamente con el aval y la fuerza de su propio ejemplo, la reacción global positiva de la Compañía para ponerse siempre de nuevo, con amor y fidelidad redoblados, al servicio de la Iglesia y del Vicario de Cristo. Por ello mismo, la naturalidad consecuente, con que, al ser relevado

¹ 18 de enero de 1978.

por Juan Pablo II de sus funciones como General, reaccionara pidiendo que se hiciera saber a todos los jesuitas que él aceptaba plenamente tales disposiciones y esperaba que todos las recibieran en la misma forma, con un espíritu de total y filial obediencia; declaración que confirmó siempre que tuvo ocasión de hacerlo.

Su trayectoria es clara y absolutamente limpia en este punto, y acontecimientos o suposiciones que pudieran hacer creer lo contrario, deben ser leídos con otras lentes, y no, como se ha hecho a veces, con las de enfrentamiento o conflicto, que distorsionan la realidad y no hacen justicia a lo que Arrupe fue; «enfrentamiento» y «conflicto» eran algo totalmente ajeno a él, que nunca pasó por su mente.

Aunque el servicio de Arrupe a la Iglesia en su vida discurrió principalmente por el cauce del servicio directo a la Compañía, en servicio finalmente de aquélla, tuvo también otros. Entre estos destaca su presidencia de la Unión de Superiores Generales, prolongada desde el principio de su generalato hasta el final, durante cinco trienios, para los que fue sucesivamente reelegido, mantenida con notable dinamismo y vitalidad. En aquellos tiempos de renovación activa y general de toda la vida religiosa, no exentos de graves dificultades más o menos comunes, Arrupe prestó un extraordinario servicio de apoyo y de guía y, sobre todo, de punto de en-

cuentro y de intercambio —tan necesario entonces— a alto nivel, que iba mucho más allá de los límites de la propia Compañía. La vida religiosa de entonces, y consiguientemente también de ahora, debe mucho a su creatividad, a su entrega y dedicación, a su sabiduría y prudencia, y particularmente a su saber estar con

*ayudar a este mundo
a salvarse de la tragedia
y de las tragedias que lo
amenazan fue la preocupación
constante de Arrupe*

todos como quien sirve y ayuda sin imponerse, dialogando mucho y prestando discretamente orientación e inspiración, consejo y apoyo.

Todavía hoy son de gran actualidad y fuente de luz algunos discursos suyos a religiosos y religiosas en el marco de las uniones de superiores y superiores generales. Muchos religiosos y religiosas de aquella época recuerdan todavía con reconocimiento y gratitud —no pocos y pocas, también con entusiasmo— lo mucho que Arrupe aportó a la vida religiosa en un momento tan trascendental y tan delicado de su historia.

En representación de la Unión de Superiores Generales, que lo eligió tam-

bién repetidamente para ello, participó, con la aprobación del Papa, en seis Asambleas Generales del Sínodo de los Obispos. Él daba gran importancia a esta participación, como cauce para hacer presente en el foro de máxima resonancia en la Iglesia, después del Concilio, la aportación de la vida religiosa a ella en temas de su mayor interés. Por eso, intervino en todas (en algunas, más de una vez), con intervenciones muy cuidadas y de alta calidad, que eran siempre esperadas y tuvieron su resonancia.

Otros ámbitos eclesiales de su cualificado servicio a la Iglesia fueron la Conferencia General del Consejo Episcopal del Episcopado de América Latina y el Caribe en sus reuniones de Medellín (1968) y Puebla (1979), a las que fue invitado, y las Congregaciones para los Religiosos e Institutos seculares y para la Evangelización de los Pueblos, de las que fue miembro durante un quinquenio en cada una. En todo ello puso sumo interés, dedicando muchas energías.

Ciudadano del mundo

Algo más que infatigable «trotamundos apostólico», que dio varias veces la vuelta al mundo, primero para buscar misioneros y recursos económicos para Japón y después para estimular y orientar *in situ*, en sus numerosos viajes como General, la renovación espiritual y apostólica de la

Compañía. A partir de la visión ignaciana en la contemplación de la Encarnación de los Ejercicios, Arrupe vivió siempre, y de modo muy intenso, con el horizonte de un mundo que curar y salvar delante de sí.

La catástrofe de Hiroshima no fue para él tan sólo un acontecimiento trágico, un evento en el tiempo, sino la revelación de un mundo abocado todo él a la destrucción y, por ello, necesitado de salvación. Un modo de ver las cosas en clara sintonía con el del Concilio Vaticano II: «El mundo moderno aparece a la vez poderoso y débil, capaz de lo mejor y de lo peor, pues tiene abierto el camino para optar entre la libertad o la esclavitud, entre el progreso y el retroceso, entre la fraternidad o el odio» (*Gaudium et spes*, 9).

Ayudar a este mundo a salvarse de la tragedia y de las tragedias que lo amenazan —el «ayudar a las almas», de San Ignacio, tal como se concreta en el momento presente— fue la preocupación constante de Arrupe, que ponía en marcha su creatividad y su discernimiento para arbitrar medios con los que contribuir a su solución. No era posible escucharle hablar, aun por breve tiempo, ni lo es ahora pasar un par de páginas de sus escritos de gobierno, sin tropezar con esta preocupación, que no es catastrofista, sino cargada de esperanza.

Su labor primordial en este punto fue el intento permanente, global y al mismo tiempo concreto en múltiples

manifestaciones, de abrir la mente y la sensibilidad de los jesuitas a las necesidades e interpelaciones del mundo, retándoles a hacer una lectura de éste, tal cual es, a través del prisma de la misión apostólica de la Compañía.

Como San Ignacio, no quería, una Compañía replegada sobre sí misma, sino abierta al oleaje del mundo, expuesta plenamente a sus salpicaduras, convencido de que ése es el escenario de la salvación de Dios. Este modo de ver las cosas es una lente imprescindible para poder comprender en pleno y en toda su profundidad su acción de gobierno de la Compañía, con todas las posibilidades y exigencias y con todos los riesgos implicados en ello. Más aún, es desde aquí, desde donde quizá se le puede comprender mejor.

Esta misma visión explica también algunos de los núcleos de sus preferencias estratégicas en el gobierno de la Compañía: el problema del ateísmo y de la increencia en el mundo, de la justicia y la injusticia con todas sus implicaciones y manifestaciones, la necesidad de inserción e inculturación en los escenarios del mundo en que se vive, la opción preferencial por lo pobres. Temas todos ellos que resonaban continuamente en sus mensajes de gobierno a los jesuitas, y que encuentran también lugar en su intercambio con otros religiosos y en sus discursos en diversos foros apropiados para ello (en los que es posible en-

contrar también otras resonancias semejantes: las desigualdades sociales, el hambre en el mundo, las guerras).

Es por demás significativo que uno de sus últimos destacados actos de gobierno en la Compañía fuera el lanzamiento del Servicio Jesuita a los Refugiados, nacido en su corazón compasivo para salir al paso de la trágica emergencia de los *boat people* vietnamitas, perdidos trágicamente

*la celebración del centenario
del nacimiento del
Padre Arrupe tendría que
significar dos cosas:
la recuperación del recuerdo
vivo de su persona y de su
vida, y la recuperación
y reposición en el momento
presente del riquísimo legado
espiritual y apostólico que dejó*

en el mar. Para ello movilizó en una sola tarde a una veintena de Provinciales de la Compañía, mejor situados para ayudar, ante la admiración de sus colaboradores inmediatos (y un cierto escepticismo de algunos).

Hoy no cabe duda de que fue una anticipación profética del futuro, por parte de este apostólico y compasivo ciudadano del mundo.

¿Y ahora?

Ahora, la celebración del centenario del nacimiento del Padre Arrupe tendría que significar para cuantos se sienten todavía inspirados por él, al menos, dos cosas. En primer lugar, la recuperación del recuerdo vivo de su persona y de su vida; un recuerdo, que, por sí solo, ilumina y alienta a avanzar por el camino que él abrió. Su recuerdo sigue siendo tan estimulante y luminoso como fue su misma persona. Y, sobre él, la recuperación y reposición en el momento presente

del riquísimo legado espiritual y apostólico que dejó. Se trata de un patrimonio vivo, de suma actualidad en el momento presente, con fuerza para seguir produciendo en la Compañía, en la Iglesia y en el mundo el influjo benéfico que quiso producir desde el principio.

El Señor sembró generosamente por medio de Arrupe, durante su vida, en muchos campos. Tal sementera sigue todavía fructificando, y queda mucho aún por esperar y recoger de ella. ■